

Oscar Wilde

De Profundis

Balada de la cárcel
de Reading

Presentación, traducción y notas
de Arturo Agüero Herranz



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Títulos originales: *De Profundis [Epistola: In Carcere et Vinculis]*

The Ballad of Reading Gaol

Traducción de Arturo Agüero Herranz

Primera edición: 2011

Quinta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, la presentación y las notas: Arturo Agüero Herranz, 2011

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5491-1

Depósito legal: M. 35.880-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Presentación, por Arturo Agüero Herranz
- 15 De Profundis [Epistola: In Carcere et Vinculis]
- 185 Balada de la cárcel de Reading
- 241 Notas del traductor

Presentación

Se han reunido en este volumen los dos últimos textos literarios que escribió Oscar Wilde. Ambos se alejan, por las circunstancias que rodearon a su composición, del esteticismo de Wilde, pero no suponen una ruptura con la obra previa del escritor irlandés. Son más bien su culminación.

De Profundis, una extensa carta dirigida a Lord Alfred Douglas (llamado Bosie, variante del término afectivo escocés *boysie*, de *boy*: «niño, muchacho»), fue escrita por Wilde en la prisión de Reading durante los tres primeros meses de 1897, poco antes de cumplir su condena. Sugirió el título para la primera edición del libro, muy fragmentaria, publicada por Robert Ross en 1905, el ensayista y crítico E. V. Lucas a partir del *incipit* latino del Salmo CXXX: *De profundis clamavi ad te, Domine* («Desde las profundidades te llamé, oh Señor»). El nombre que había pensado el propio Wilde para la obra también estaba en latín: *Epistola: In Carcere et Vinculis*

(«*Epístola: En la cárcel y con cadenas*»), y suele añadirse como subtítulo.

La carta no fue enviada desde Reading. El alcaide de la prisión preguntó por escrito a la Comisión de Penitenciarías si daba permiso para remitirla; le contestaron que eso era imposible, pero que podría guardarse y entregarse al prisionero cuando saliera de la cárcel. Así ocurrió el 18 de mayo de 1897, el día que Wilde abandonó Reading. El escritor se la dio a su amigo Robert Ross el 20 de mayo en Dieppe encargándole que hiciese dos copias mecanografiadas y mandase el original a Douglas. Ross no envió a éste el manuscrito original, como Wilde le había dicho, sino una de las copias mecanografiadas. Douglas negó haberla recibido. Sin embargo, en un juicio por difamación, el caso Ransome de 1913, durante el cual se leyó en voz alta todo el manuscrito (que fue sacado excepcionalmente para esa ocasión del British Museum, donde lo había depositado Ross en 1909 con la condición de que no pudiera ser visto en cincuenta años), Douglas testificó que había recibido una copia. Y que tras leer los comentarios que hacía Ross sobre la carta, no la leyó; la arrojó al fuego.

De Profundis es una despiadada y amarga queja de Wilde contra Douglas por haberle acarreado una completa ruina personal, artística y financiera; y una queja de Wilde contra sí mismo por haberlo consentido. En última instancia, también es una carta de amor.

La *Balada de la cárcel de Reading* trata sobre el ahorcamiento en esa prisión de Charles Thomas Wooldridge, soldado de caballería de la Guardia Real, que había asesinado a su esposa. Wilde empezó a escribirla en Berneval el 8 de julio de 1897, y el día 20 había concluido una

primera versión. Durante los siguientes meses amplió el poema considerablemente. Ross prefería la versión más corta, y Yeats, en *The Oxford Book of Modern Verse*, seleccionó sólo 38 de las 109 estrofas. Pero no es éste un poema que cobre mayor fuerza o misterio abreviándolo. Una vez que se ha leído completo, no se olvida.

La *Balada* se publicó en febrero de 1898. El libro iba firmado por «C.3.3.»: la letra y los números de la celda de Wilde en Reading (ocupó la tercera celda del tercer piso del Bloque C). Se vendió como ningún poema desde hacía años.

Oscar Wilde había nacido en Dublín el 16 de octubre de 1854. Su padre, Sir William Wilde, era un eminente oculista y cirujano del oído que tenía su propio hospital en la ciudad; publicó obras de medicina, libros de viajes y un volumen sobre los últimos años de Jonathan Swift. Su madre, Jane Francesca Agnes, apellidada Elgee de soltera, era una poeta y nacionalista irlandesa que usaba el seudónimo de *Speranza*; interesada por el folclore de su país, recopiló cuentos de hadas, leyendas y supersticiones.

Wilde estudió en el Trinity College de Dublín y más tarde en el Magdalen College de Oxford, donde se graduó en lenguas clásicas. Bajo la influencia de Walter Pater y John Ruskin, abrazó la divisa *ars gratia artis* («el arte por el arte») y publicó en 1881 un volumen de poemas. El siguiente año lo pasó dando un extenso ciclo de conferencias por Estados Unidos y Canadá.

En mayo de 1884 se casó con Constance Lloyd, hija de Horace Lloyd, consejero de la reina. Oscar y Constance tuvieron dos hijos varones: Cyril y Vyvyan. Entre 1888 y la fecha de su encarcelamiento, el escritor publicó lo más

conocido de su obra –dos volúmenes de cuentos para niños; la novela *The Picture of Dorian Gray*; narraciones como «*Lord Arthur Savile's Crime*» y *The Portrait of Mr. W. H.*; poemas en prosa; deliciosos artículos y ensayos, entre los que destacan *The Critic as Artist* y *The Decay of Lying*– y ofreció al público londinense sus exitosas comedias de ingenio: *Lady Windermere's Fan*, *A Woman of No Importance*, *An Ideal Husband* y *The Importance of Being Earnest*.

En 1891 Wilde conoció a Lord Alfred Douglas, de veintiún años, tercer hijo del marqués de Queensberry. La amistad se hizo estrecha a partir 1892, y prosiguió durante los tres años siguientes. Wilde encargó a Douglas, para tenerlo algo distraído, la traducción al inglés de su obra teatral de asunto bíblico *Salomé*, escrita y publicada primero en francés; pero, insatisfecho con el resultado, hubo de rehacerla él mismo.

La homosexualidad de Wilde y el carácter de su relación con Douglas y con otros muchachos eran un secreto a voces. En marzo de 1895, tras haber recibido en su club una tarjeta ofensiva del marqués de Queensberry, Wilde ejecutó una orden de arresto contra él y lo llevó a juicio por difamación. El escritor perdió el caso, y fue él mismo quien se vio acto seguido en el banquillo, y al cabo sentenciado a dos años de prisión por prácticas homosexuales. La expresión victoriana, perteneciente a una ley aprobada en 1885 y que no se aboliría hasta 1967, era *gross indecency*.

Tras cumplir su condena y ser liberado en mayo de 1897, Wilde abandonó Inglaterra y pasó los últimos años de su vida en diversos lugares de Francia, Italia y Suiza. Hubo una breve reunión con Bosie (o una segunda caída, como

la llama Richard Ellmann, biógrafo de Wilde), la cual duró unos meses; y luego una existencia errática, solitaria y desesperanzada, aunque seguía contando de vez en cuando con el apoyo de algunos amigos.

Oscar Wilde falleció en París el 30 de noviembre de 1900, en el Hôtel d'Alsace, tras una dolorosa agonía. La causa de la muerte, al parecer, fue una enfermedad del oído de origen sifilítico. Recibió sepultura el 3 de diciembre de 1900 en el cementerio parisino de Bagneux. La lápida llevaba una inscripción sacada del *Libro de Job* [XXIX, 22]: *Verbis meis addere nihil audebant et super illos stillebat eloquium meum* («Tras mis palabras no osaban replicar y mi razón destilaba sobre ellos»).

Sus restos se trasladaron de Bagneux al cementerio del Père Lachaise en 1909. El escultor Jacob Epstein realizó un monumento funerario, con la figura de una esfinge. En la tumba hay una inscripción donde están grabados los siguientes versos de *The Ballad of Reading Gaol*:

*And alien tears will fill for him
Pity's long-broken urn,
For his mourners will be outcast men,
And outcasts always mourn.*

Y lágrimas ajenas llenarán por él
la urna de la piedad, hace tiempo rota,
pues quienes lo lloren serán proscritos,
y los proscritos siempre lloran.

Las notas del traductor sobre diversos asuntos biográficos, literarios y lingüísticos las encontrará el lector

al final del volumen. La versión castellana de los textos incluidos en las notas cuyo original está en lengua extranjera es mía, excepto un pasaje de Aristóteles, en traducción de Alicia Villar, y las citas bíblicas, donde he utilizado la versión de Casiodoro de Reina (*La Biblia del Oso*, 4 volúmenes, edición de Juan Guillén Torralba, Gonzalo Flor Serrano y José M.^a González Ruiz, Alfguara, Madrid, 1986).

Arturo Agüero Herranz

De Profundis

[Epistola: In Carcere et Vinculis]

A Lord Alfred Douglas

[Enero – marzo, 1897] *Prisión de Su Majestad, Reading*

Querido Bosie: Tras una espera prolongada e infructuosa, me decido a escribirte, por tu bien tanto como por el mío, ya que no me agradaría saber que he pasado dos largos años en la cárcel sin haber recibido de ti una sola línea, ni siquiera noticias o comunicaciones, excepto algunas que me causaron dolor.

Nuestra desdichada y lamentable amistad ha terminado para mí en la ruina y la infamia pública, pero a menudo sigue conmigo el recuerdo de nuestro antiguo afecto, y me entristece mucho pensar que la aversión, el resentimiento y el desprecio pudieran ocupar por siempre en mi corazón el sitio donde una vez hubo amor. Y tú mismo, creo, aprobarás en tu corazón que escribirme mientras

permanezco en la soledad de la vida en prisión es mejor que publicar cartas mías sin mi consentimiento o dedicarme poemas sin solicitarlo, aunque el mundo no haya de conocer en absoluto las palabras, sean cuales sean, de lamentación o cólera, de remordimiento o indiferencia, que elijas para enviarme como tu respuesta o tu apelación.

No me cabe duda de que en esta carta, donde tengo que escribir acerca de tu vida y la mía, del pasado y el futuro, de cosas dulces que se trocaron en amargura y de cosas amargas que pueden convertirse en gozo, habrá mucho que hiera tu vanidad en lo más vivo. Si así sucede, relea la carta una y otra vez hasta que mate tu vanidad. Si en ella encuentras algo por lo que te sientas injustamente acusado, recuerda que uno debería agradecer que exista alguna falta de la que pueda ser injustamente acusado. Si hubiera en ella un solo pasaje que haga brotar lágrimas de tus ojos, llora como lloramos nosotros en la cárcel, donde el día lo mismo que la noche se dedican específicamente a las lágrimas. Es lo único que puede salvarte. Si vas y te quejas a tu madre, igual que hiciste con ocasión del menosprecio que mostré por ti en mi carta a Robbie¹, para que te calme halagándote y te devuelva a la autocomplacencia y al engreimiento, estarás completamente perdido. Si encuentras una sola excusa falsa para ti mismo, muy pronto encontrarás cien, y serás lo mismo que eras antes. ¿Aún sostienes, como le dijiste a Robbie en tu respuesta, que yo te atribuyo «*motivos indignos*»? ¡Ah! Tú no tenías motivos en la vida. Sólo tenías apetitos. Un motivo es un propósito intelectual. ¿Que eras «*muy joven*» cuando empezó nuestra amistad? Tu defecto no consistía en que supieses muy poco

de la vida, sino en que sabías demasiado. La aurora de la juventud, con su delicada lozanía, su luz pura y clara, su júbilo de inocencia y esperanza, la habías dejado muy atrás. Habías pasado de la Fantasía al Realismo con pies raudos y veloces. Los bajos fondos y las cosas que viven ahí habían empezado a fascinarte. Tal fue el origen del apuro con motivo del cual solicitaste mi ayuda, y yo, tan incautamente teniendo en cuenta la astucia de este mundo, te la concedí por compasión y amabilidad. Has de leer esta carta de principio a fin, aunque cada palabra te resulte como la llama o el cuchillo del cirujano, que hacen que la delicada carne se queme o sangre. Recuerda que el necio a los ojos de los dioses y el necio a los ojos del hombre son muy distintos. Alguien que ignore por completo las modalidades del Arte en su rotación o las tendencias del pensamiento en su progreso, la pompa del verso latino o la exquisita música vocálica del griego, la escultura toscana o la canción isabelina, puede atesorar sin embargo la sabiduría más dulce y auténtica. El verdadero necio, del que los dioses se mofan y a quien destruyen, es aquel que no se conoce a sí mismo. Yo fui uno durante mucho tiempo. Tú has sido uno durante mucho tiempo. No lo seas más. No tengas miedo. El vicio supremo es la superficialidad. Todo aquello que se comprende es justo. Recuerda también que, por mucho que tú sufras al leer, más sufro yo al redactar. Contigo los Poderes Ocultos han sido muy bondadosos. Te han permitido ver las formas extrañas y trágicas de la Vida como quien ve sombras en un cristal. La cabeza de Medusa, que convierte a los vivos en piedra, a ti te fue concedido observarla meramente en un espejo. Has caminado libre

entre las flores. A mí me arrebataron el hermoso mundo de los colores y el movimiento.

Empezaré por decirte que me culpo terriblemente a mí mismo. Mientras estoy sentado en esta oscura celda, vestido con ropas de convicto, como hombre deshonrado y arruinado, me culpo a mí mismo. Durante las noches de angustia, intermitentes y sin sosiego, durante los largos y monótonos días de dolor, es a mí a quien culpo. Me culpo por permitir que una amistad no intelectual, una amistad cuyo propósito primordial no era la creación y contemplación de cosas bellas, dominase mi vida por entero. Desde el inicio mismo hubo una brecha muy amplia entre nosotros. Tú habías sido un holgazán en la escuela, y peor que holgazán en la universidad. No comprendiste que un artista, y especialmente un artista como lo soy² yo, es decir, uno cuya calidad en el trabajo depende de la intensificación de la personalidad, requiere para el desarrollo de su arte la comunión de ideas y una atmósfera intelectual, silencio, paz y soledad. Admirabas mi obra cuando estaba concluida; te deleitabas con los brillantes triunfos de mis estrenos, y con los brillantes banquetes que venían después; estabas orgulloso, y muy natural que lo estuvieras, por ser el amigo íntimo de un artista tan distinguido; mas no lograbas entender las condiciones que son requisito para la producción de una obra artística. No hablo con frases de exageración retórica, sino en términos de verdad absoluta acerca de un hecho real, al recordarte que durante todo el tiempo que estuvimos juntos no escribí ni una sola línea. Ya fuera en Torquay, Goring, Londres, Florencia o cualquier otro sitio, mi vida, en tanto que tú estabas a mi lado, resultaba

completamente estéril e improductiva. Y salvo unos pocos intervalos, tú estabas, lamento decir, a mi lado siempre.

Me acuerdo, por ejemplo, de que en septiembre del año 93, y selecciono meramente este caso entre muchos, alquilé unas habitaciones sin otra razón que conseguir trabajar en paz, pues había incumplido mi contrato con John Hare, a quien tenía prometida una obra teatral, y él me estaba presionando al respecto. Durante la primera semana te mantuviste lejos. Habíamos disentido, de modo nada sorprendente, en torno a qué mérito artístico tenía tu traducción de *Salomé*, así que te contentaste con enviarme cartas ridículas sobre la cuestión. Durante esa semana escribí y completé al detalle, tal y como fue finalmente representado, el primer acto de *Un marido ideal*. Regresaste a la segunda semana y prácticamente hube de renunciar a mi trabajo. Yo llegaba a St. James's Place cada mañana a las 11.30 para tener ocasión de pensar y escribir sin las interrupciones inevitables de mi propia casa, por muy tranquila y apacible que ésta fuera. Mas el intento resultaba inútil. A las doce en punto te acercabas, y permanecías fumando cigarrillos y charlando hasta la 1.30, cuando debía llevarte a almorzar al Café Royal o al Berkeley. El almuerzo, con sus *liqueurs*, duraba de costumbre hasta las 3.30. Durante una hora te retirabas al White's. A la hora del té aparecías de nuevo, y te quedabas hasta que había que vestirse para la cena. Cenabas conmigo bien en el Savoy o en Tite Street. No nos separábamos por norma hasta después de medianoche, ya que la última colación en Willi's tenía que culminar un día fascinante. Tal fue mi vida durante esos tres meses, todos y cada uno de los días, excepto los cuatro días que

te fuiste al extranjero. Entonces, por supuesto, hube de llegarme hasta Calais a buscarte y acompañarte de vuelta. Para alguien de mi naturaleza y temperamento, era una posición a la vez grotesca y trágica.

Seguramente te das cuenta ahora, ¿no? ¿No ves ahora que tu incapacidad para estar solo, tu naturaleza tan exigente en su continua demanda de atención y tiempo por parte de otros, tu absoluta carencia de recursos para alcanzar una concentración intelectual prolongada, el desdichado accidente –pues quiero pensar que no fue más– de que no hubieras sido aún capaz de adquirir el «temperamento de Oxford» en cuestiones intelectuales, de no haber sido tú nunca alguien, quiero decir, que lograra manejar las ideas con elegancia, sino que habías llegado sólo a la opinión agresiva, no ves que todas esas cosas, combinadas con el hecho de que tus deseos e intereses estaban en la Vida y no en el Arte, fueron tan destructivas para tu progreso cultural como para mi trabajo de artista? Si comparo la amistad que tuve contigo con la que me unió a hombres aún más jóvenes, como John Gray y Pierre Louÿs, me avergüenzo. Mi vida real, la más noble, estaba con ellos y otros semejantes.

No hablo por ahora de las atroces consecuencias de mi amistad contigo. Pienso tan sólo en su calidad mientras duró. Intelectualmente, era degradante para mí. Tú tenías en germen los rudimentos de un temperamento artístico. Pero te conocí demasiado tarde o demasiado pronto, no sabría decir. Cuando estabas lejos, yo me encontraba bien. En el momento mismo, a principios de diciembre del año al que me he referido, en que logré convencer a tu madre de que te enviase fuera de Inglate-

rra, recogí la rota y enmarañada red de mi imaginación, puse mi vida en mis propias manos otra vez y no sólo concluí los tres actos restantes de *Un marido ideal*, sino que concebí y había ya casi terminado otras dos obras teatrales de carácter enteramente distinto, la *Tragedia florentina* y *La Sainte Courtisane*, cuando de pronto, sin ser invitado ni bienvenido, y bajo fatales circunstancias para mi felicidad, volviste. Ambas obras quedaron inconclusas, ya que no me vi capaz de proseguirlas. Jamás pude recobrar el ánimo que las había creado. Tú, ahora que ya has publicado un volumen de versos, estás en condiciones de reconocer que cuanto he dicho aquí es cierto. Si luego puedes o no, tal sigue siendo la espantosa verdad en el corazón de nuestra amistad. Mientras estabas conmigo eras la ruina absoluta de mi Arte, y al dejar que te interpusieras persistentemente entre mi Arte y yo, me otorgué vergüenza y culpa de forma total. Tú no podías saber, comprender ni apreciar. Yo no tenía ningún derecho a esperararlo de ti. Tus intereses se centraban sólo en tus comidas y aficiones. Tus deseos, simplemente en diversiones, en placeres más o menos ordinarios. Eran lo que tu temperamento necesitaba, o creía que necesitaba por el instante. Debería haberte prohibido la entrada a mi casa y a mis habitaciones, excepto cuando yo te invitase expresamente. Me culpo sin reservas por mi flaqueza. Fue sólo flaqueza. Media hora con el Arte significó siempre más para mí que un siglo contigo. En ningún período de mi vida hubo jamás realmente nada que tuviera para mí la menor importancia comparado con el Arte. Pero en el caso de un artista la flaqueza es nada menos que un crimen, cuando es una flaqueza lo que paraliza la imaginación.

También me culpo a mí mismo por haber dejado que me arrastraras a la más completa y deshonrosa ruina financiera. Recuerdo que una mañana a principios de octubre del 92 tomé asiento con tu madre en los dorados bosques de Bracknell. En aquella época sabía yo muy poco de tu verdadera naturaleza. Había pasado contigo en Oxford de un sábado a un lunes. Tú habías pasado conmigo diez días en Cromer jugando al golf. La conversación giró sobre ti, y tu madre empezó a hablarme de tu carácter. Me habló de tus dos defectos principales: tu vanidad, y que estuvieras, como ella lo expresó, «*completamente equivocado acerca del dinero*». Guardo un nítido recuerdo de cómo me reí. No tenía ni idea de que lo primero me llevaría a prisión y lo segundo a la bancarrota. Me imaginaba que la vanidad era una suerte de graciosa flor que le favorecía a un hombre joven; en cuanto al despilfarro –pues pensé que no se refería ella a algo peor–, las virtudes de la prudencia y la economía no figuraban en mi naturaleza ni en mi raza. Pero antes que nuestra amistad se hiciera un mes más vieja, empecé a ver lo que tu madre quería decir realmente. Tu insistencia en una vida de profusión incontrolada, tus incesantes peticiones de dinero, tu exigencia de que yo debía pagar todos tus placeres tanto si estaba contigo como si no, todo ello me condujo pasado un tiempo a serios apuros monetarios, y lo que en cualquier caso me hacía los despilfarros tan monótonamente faltos de interés mientras tu persistente control sobre mi vida se hacía más y más fuerte era que de hecho el dinero se gastaba en poco más que en comer, beber y otros placeres semejantes. De vez en cuando, es una gozada adornar de rojo la propia mesa con vino y

flores, pero tú te excedías más allá de todo gusto y moderación. Pedías sin elegancia y recibías sin agradecer. Comenzaste a pensar que tenías algo así como el derecho de vivir a mis expensas en medio de un lujo profuso al que no estabas acostumbrado y que, por tanto, convertía tus apetitos en más insaciables si cabe, y al final, cuando perdías dinero jugando en un casino de Argel, sencillamente me telegrafiabas a Londres a la mañana siguiente para que depositara en tu cuenta del banco la cantidad correspondiente a tus pérdidas, y no volvías a pensar en el asunto.

Si te digo que entre el otoño de 1892 y la fecha de mi encarcelamiento gasté contigo y en ti más de 5.000 libras en dinero efectivo, dejando aparte las facturas que contraí, te harás una idea del tipo de vida en el que insistías. ¿Crees que exagero? Mis gastos ordinarios contigo durante un día normal en Londres –almuerzo, comida, cena, diversiones, cabriolés y demás– alcanzaban entre 12 y 20 libras, y los gastos semanales, naturalmente en proporción, entre 80 y 130 libras. Por nuestros tres meses en Goring (incluido el alquiler) mis gastos ascendieron a 1.340 libras. Con la liquidación de bancarrota hube de revisar paso a paso cada recibo de mi existencia. Fue horrible. «*Vida sencilla y pensamiento noble*»³ era, desde luego, un ideal que no hubieras sabido apreciar en aquella época, pero semejante despilfarro resultó vergonzoso para ambos. Una de las cenas más deliciosas que recuerdo es la que compartí con Robbie en un pequeño café de Soho, que costó más o menos tantos chelines como libras solían valer las que te ofrecía a ti. De mi cena con Robbie surgió el primero y mejor de todos mis diálogos⁴. Idea, título, tratamiento, estilo, todo salió por 3 francos